Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

ALEGRATE EN LAS TRIBULACIONES
y pon tu confianza en Dios

Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos (Hech.14,21)
Bienaventurado el hombre que confía en Dios (Sal.34,9)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
SEVILLA

ISN 88-7770-339-6
D.L.Gr. 537-97
Impreso en CGS, S.L.
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Hay un relato evangélico en el que leemos que Jesús calmó una tempestad. Esta es una imagen de las aflicciones o tribulaciones por las que todos solemos pasar.. Sucedió que un día subió Jesús con sus discípulos en una barca y se dieron a la mar.. Entonces se levantó un fuerte vendaval, y las olas se echaban sobre la barca, de suerte que ésta estaba ya para llenarse.

Jesús estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal. Los apóstoles le despertaron diciendo: *"Señor, sálvanos que perecemos"*. Él les dijo: *¿Por qué teméis, hombre de poca fe? Entonces se levantó, mandó al viento y dijo al mar: Calla, enmudece. Y se aquietó el viento y hubo una gran bonanza. Y sobrecogidos de gran temor, se decían unos a otros: ¿Quién es este que hasta el viento y el mar le obedecen?* (Mc. 4,35-40).

Comentando esta escena los Santos Padres, unos dicen que la barca es la Iglesia, y las tempestades son las persecuciones que la Iglesia ha sufrido, y otros dicen que la nave representa al hombre en el mar de este mundo, y la tormenta son las diversas tribulaciones en que se ve envuelto.

Por tribulaciones entendemos los trabajos, las fatigas, el dolor, las enfermedades, las contrariedades, los disgustos, la adversa fortuna, las persecuciones y las diversas aflicciones de la vida que nos afligen. "*Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen*" (Sant.1,14).

El medio seguro de salvación en la tormenta es recurrir al Señor que todo lo puede. En medio de tantas aflicciones hemos de tener presente este dicho de la Sagrada Escritura: "*Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos*" (Hech. 14,21).

Cuando uno conoce ante Dios omnipotente e infinitamente misericordioso su debilidad y miseria, en vez de desmayarse y acobardarse, se debe esforzar por acercarse más a Dios y poner su plena confianza en Él.

El contenido, pues, de este libro, se reduce a estas dos partes: 1ª Alegrarnos en medio de nuestras aflicciones o tribulaciones y 2ª poner nuestra gran confianza en Dios.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 31 de marzo de 1996

Primera parte

ALEGRATE EN LAS TRIBULACIONES
Las tribulaciones y su valor

El hombre puede pasar por muchas aflicciones o tribulaciones, pudiendo padecer en *el cuerpo* y en ***el alma*** o en ambos a la vez. Los apóstoles padecieron en el cuerpo cuando eran azotados (Hech.5,41). Los hermanos de José en Egipto padecieron en el alma cuando José los probó (Gán.42,21); y Job, en el tiempo de su prueba, padeció en el alma y en el cuerpo.

Las penas pueden ser merecidas o sin culpa. Los padecimientos del hijo pródigo fueron consecuencia de sus culpas; Job y el patriarca José padecieron inculpables... Pero aun las penas que no merecemos por nuestras culpas, son consecuencia del pecado original.

San Francisco de Sales dice: Las tribulaciones en sí mismas consideradas espantan, pero consideradas en la voluntad de Dios, son amables y deliciosas. ¿No podemos hacer oración? Y ¿qué mejor oración que mirar con frecuencia al crucifijo y ofrecerle nuestras penas y sufrimientos uniendo lo poco que padecemos a la inmensidad de los dolores que padeció Jesucristo en la cruz?

"Cuando está uno libre del pecado, dice

S.J.Crisóstomo, si Dios nos aflige con tribulaciones es para probar nuestra constancia y mantenernos en el camino del bien y con esto salvarnos... Las tribulaciones Dios las envía a los pecadores para purificarlos del pecado y a los buenos para fortalecerlos". (Homil.32 in Gen).

Dios no envía contratiempos crueles, para que, despegándonos de la tierra miremos al cielo.

"El horno prueba los vasos del alfarero, y a los hombres justos la tribulación"(Eclo.27,6). "Las tribulaciones, dice San Agustín, no son castigo para condenarnos, sino para salvarnos". Y de San José de Cupertino son estas palabras: "Las adversidades y las tribulaciones de la vida son las gracias más singulares y las más deseables; Dios las reserva para sus amigos más queridos".

Excelencias y ventajas de las aflicciones

He aquí lo que nos dicen varios santos:

- *San Juan Crisóstomo*: "Es cosa más grande sufrir por Jesucristo que resucitar los muertos. Por medio de lo uno contraemos una deuda hacia Dios, por medio de lo otro, Jesucristo se convierte en deudor nuestro.¡Oh maravilla! Jesucristo nos hace un obsequio, y por este obsequio ha de quedar agradecido"(Homil.4 in Epist. ad Philip).

- El mismo S.J.Crisóstomo dice: "Mirad a José: de cautivo llegó bien pronto a ser el jefe de todo Egipto; esta es la ventaja de las aflicciones sufridas valerosamente; su paciencia fue inquebrantable, las

pruebas no le abatieron, y Dios después de haberle experimentado, le halló digno y le bendijo" (Homil.ad Pop.).

- *San Cipriano:* "Los padecimientos son alas con las cuales vuelo hacia el cielo"(Epist.ad Martgres).

- *San Martín:* "Jesucristo sólo se manifiesta en la cruz a las personas piadosas"(Surius in ejus vila).

- *San Bernardo:* "Señor, más ventajoso es para mi tener aflicciones, en tanto que estéis conmigo, que reinar sin Vos, vivir sin Vos y glorificarme sin Vos. Muchísimo mejor es para mi abrazaros y poseeros en mis aflicciones, que estar sin Vos en el mismo cielo"(Serum.17).

San Pablo decía: *"Yo me complazco en las enfermedades, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por la causa de Cristo, porque cuando yo estoy débil, entonces soy potente"*(2 Cor 12,10).

También nos dice San Bernardo: "Ya veis, que las aflicciones de la carne aumentan las fuerzas del espíritu y le dan valor. La fuerza de la carne, al contrario debilita la del espíritu...¿Qué hay pues de admirable en que los padecimientos del cuerpo fortifiquen al alma? Si debilitamos a un enemigo, seremos naturalmente más fuertes. ¿Cómo hemos de amar esta carne que no cesa de sublevarse contra el espíritu? Con sabiduría y mucha razón pide a Dios el salmista verse envuelto entre aflicciones. *"Penetrad mi carne con vuestro temor"* (Sal.119,120). El temor de Dios es una flecha excelente (Serm.19 in cont).

Las aflicciones son necesarias

¡Las aflicciones son necesarias para mitigar la concupiscencia, para hacernos expiar los pecados, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, y llevarnos al afecto y a la obediencia de Dios!...Son inevitables...

La vida temporal, dice San Gregorio Magno, es trabajosa, esta llena de aflicciones; pasa entre agitaciones y trabajos penosos. ¿Quién es el que no se halla martirizado por los dolores, atormentado de cuidados y poseído de temores? Lloramos y reímos; la tristeza acompaña a la alegría; tenemos hambre y nos saciamos; pero, apenas saciados, el hambre nos asedia de nuevo. La sed agota nuestras fuerzas, el calor abate, el frío hiela. Suspiros, lágrimas, sollozos de todas partes; miserias universales, variadas al infinito y sin número. El rico tiene aflicciones, y a menudo muy grandes; el pobre no cesa de tenerlas; los pequeños están expuestos a su influencia, y los grandes no se hallan exentos de ellas.(Moral).

Como se ha dicho: "El dolor nació con la vida y envejeció con ella". *"Todos los niños al nacer, dan un grito de tristeza,* dice el Sabio;*sus ojos llenos de lágrimas anuncian que entran en una tierra de maldiciones y sufrimientos"* (Sab.7,3). El niño, sin saberlo, dice San Agustín, presiente el dolor; su mirada, como una mirada profética, abraza las mil aflicciones de la vida que tendrá que sufrir y deplora. *"El hombre, nacido de mujer, vive corto tiempo, repleto*

de muchas miserias" (Job 14,1) (Sentent.).

El cristiano debe aprender a saber sufrir, porque *sin padecer*, ninguno puede llegar a la eterna felicidad. Los padecimientos son el camino del cielo. Jesucristo nos lo indicó, cuando subió al cielo desde el monte de los Olivos, donde había comenzado su Pasión, y esto dijo a los discípulos que iban camino de Emaús: *"¿Por ventura no debía Cristo padecer todas estas cosas y así entrar en su gloria?* (Lc.24,26). Nadie puede conquistar un reino sin pelea y victoria, y lo mismo vale del reino de los cielos. Por eso Cristo dijo:"*El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mi*"(Mt.10,38). El camino del cielo es áspero. Gersón dijo:"*Si no quieres sufrir nada, es señal que no quieres ser bienaventurado*".

Dios no deja a ningún justo sin tribulación

"¿Qué santo, dice San Jerónimo, fue coronado sin tribulación?. Examínalo y verás que todos tuvieron que llevar su cruz y sus penas". Al que Dios quiere trasplantar al cielo, le cava en vida hasta arrancar todas sus raíces de la tierra...Con todo eso, Dios no deja a los justos en sus tribulaciones, *sin consuelo*. Es como una madre que mezcla al niño la medicina amarga con azúcar o miel. "Dios entreteje en la vida de los santos la tribulación y el consuelo de una manera admirable"(S.J.Crisóstomo).

Así lo vemos en la vida de la Virgen María. ¡Qué pena tuvo cuando San José la quiso dejar! Pero ¡Qué

gozo cuando Dios volvió por ella enviando un ángel a San José! ¡Qué pena cuando no halló en Belén un albergue para que naciera su Hijo! Pero ¿qué gozo cuando lo vio adorado por los pastores y festejado por los ángeles!...y en fin ¡qué dolores en su Pasión, y qué gozos en su Resurrección!.

Veamos algunos ejemplos de almas amantes de las tribulaciones:

-En Salamanca metieron en la cárcel a San *Ignacio de Loyola*, prohibiéndole predicar. Cuando iban a visitarle las personas devotas y amigas condoliéndose de su prisión, les decía:"¿Tan grave os parece estar aquí preso? Pues yo os digo de verdad que no hay tantos grillos en Salamanca ni tantas cadenas que no sean más que las que yo deseo padecer por Cristo nuestro Señor.

- *El Padre Urios S.I.* el gran apóstol español de las Filipinas decía a sus compañeros: "¡Anímense, que las tribulaciones son la mejor señal de que la misión ha de consolidarse".

- Cuando en la prisión le quitan a *Tomás Moro* lápiz, pluma y tintero, aguza un carbón para escribir sus meditaciones y así se enfervoriza a si mismo, ora en contemplaciones del Santísimo Sacramento, ora en la Pasión de nuestro Señor, ora en su "Diálogo del consuelo contra las tribulaciones".

- *Dom Columba Marmión*. Contradicciones de los hombres, contrariedades de circunstancias, intemperies y rigores de clima, inestabilidad de la salud, fatigas de apostolado, pruebas cotidianas, preocupacio-

nes continuas de una administración que era muy pesada para sus hombros, en todo se veía la mano de Dios, y por eso se abandonaba tan plenamente a la voluntad del Padre celestial y llevaba su cruz con amor. Así pudo decir: "Trato de abrazar con una sonrisa todo lo que me contraría".

Las tribulaciones nos vienen de Dios

Dios no causa muchas de las penas por si mismo, pero las permite, por lo cual no suceden **contra** su voluntad. Generalmente vemos que, cuantas más penas descargan sobre un hombre, tanto mayores actos de virtud ejecuta. Acordémonos de Tobías y de Job. Parecen, pues, las tribulaciones, premio de las buenas obras ejecutadas. Santa Teresa de Jesús dice: "Las penas son regalo de nuestro Padre celestial".

Dios es, pues, quien envía las aflicciones: Él, que todo lo arregló con número, peso y medida, ha destinado desde la eternidad una cruz y padecimientos a los que le aman; ha decidido despojarnos de la naturaleza antigua y revestirnos de la nueva por medio de la paciencia, de la pureza, de la gracia y del amor en las tribulaciones; ha resuelto conducirnos al cielo por este camino. ¿Quién, pues, ha de huir de los padecimientos y mirarlos con horror y que nos están destinados como una gracia por la infinita bondad de Dios? Las aflicciones nos hacen semejantes a Jesucristo en la gloria...

"Si para adquirir la gloria humana, dice

Tertuliano, arrastran algunos los peligros del combate, el fuego, la cruz, el furor de las fieras y todos los tormentos, ¿no debemos arrastrarlos todavía más por Dios? Todos los sufrimientos nada significan, comparados con la gloria celestial"(Apolog.).

Las aflicciones son un beneficio, una inmensa gracia de Dios. Las enfermedades, dice San Basilio, son el azote que hiere a los pecadores; ellas les advierten que han de cambiar de vida, y los convierten. Un santo sacerdote indicó un día este remedio a uno de sus discípulos que estaba enfermo. No os aflijáis, hijo mío, por vuestra enfermedad, le decía, es propio de la piedad perfecta dar gracias a Dios por las aflicciones que envía. Si os parecéis al hierro, os quitará el moho que os marchita; si os parecéis al oro, os purificará. Sufrid, pues esta prueba, y orad para que la voluntad de Dios se cumpla. (Regul.55).

Los padres castigan a veces a sus hijos para corregirlos de sus malas inclinaciones. Lo mismo hace Dios, ***"a los hijos que ama los castiga"***, muchas veces con penas. Por eso dijo el ángel Rafael a Tobías: "*Porque eras acepto a Dios, fue menester que la tentación te probara*" (Tob.12,14). Y el apóstol escribe a los Hebreos: "*Al que Dios ama lo castiga, y azota al hijo al cual acepta*"(12,6).

No lleguemos a figurarnos, dice San J. Crisóstomo, que las aflicciones sean una prueba de que Dios nos ha abandonado y de que nos desprecia, pues son al contrario la señal más manifiesta de que Dios se ocupa de nosotros porque nos purifica de nuestros

pecados, y nos facilita los medios de merecer su gracia y su protección. (Homil.32 in Gen.).

También hemos de saber que Dios no nos envía ninguna tribulación tan grave que no la podamos sufrir, y así dice San Pablo: *"Fiel es Dios que no consentirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas"*(1 Cor.10,13).

Como el buen médico no receta al enfermo una medicina tan fuerte que le mate, así nuestro médico celestial sabe medir la tribulación con tal exactitud que responda a las fuerzas de los justos (P.Granada). ¡Dios aprieta, pero no ahoga!. No hay que fingirse penas, porque sería señal de ánimo cobarde.

¿Cuál es la causa de nuestras aflicciones?

La causa primordial de nuestras penas o aflicciones es sobre todo la violación de la ley de Dios, o sea, nuestros pecados. *"Si los hombres traspasan mi ley,* dice el Señor por boca del salmista, *si no caminan según mis juicios, si violan mis preceptos y no guardan mis mandamientos, castigaré con una vara sus transgresiones, y con azotes sus pecados"*(89,31-33).

Dejemos de ofender a Dios y Dios dejará de castigarnos, disminuirán nuestras aflicciones, y la gracia nos las hará sufrir con resignación y hasta con alegría. *"Estaban sentados en tinieblas y sombras de muerte, cautivos en la miseria y en los hierros, porque se habían rebelado contra los mandamientos de Dios, despreciando los consejos del Altísimo. Su*

corazón estaba abatido por el infortunio y sucumbía sin tener quien los socorriese"(Sal.107,10-12).

¿Cabe mayor sufrimiento que el tener la conciencia atormentada y desgarrada por los remordimientos? ¿Cabe mayor aflicción que la de ser enemigo de Dios, esclavo de Satanás y dignos de perdición eterna? ¿Cabe mayor pena que la que causa el pecado mortal dando la muerte al alma?. Estas son las más temibles aflicciones. Pero estas aflicciones las queremos, las buscamos, desde el momento que queremos y buscamos el pecado, que es su verdadera causa.

Relativamente a las mismas cosas temporales, ¿cuántas aflicciones no nos buscamos también nosotros?...Entráis sin vocación, en el estado matrimonial; la mujer que habéis tomado por esposa, es mala, etc; ¿a quién podréis quejaros?...Gastáis vuestra fortuna en jugar, en banquetes, en ir tras los placeres; pronto como el hijo pródigo os halláis reducidos a la posición más horrible; ¿quién tiene la culpa?...A pesar de los saludables avisos de sus padres, de su párroco y de su confesor, una joven se expone al peligro, se pierde y se deshonra, ¿quién le ha procurado esta aflicción cruel y humillante?... A pesar de las advertencias caritativas y reiteradas, un joven libertino destruye su salud, entregándose a la droga, a la embriagez o placeres impuros...,¿a quién ha de culpar?... La mayor parte de los sufrimientos que nos agobian, y de los que nos quejamos amarga y constantemente, son obra nuestra; nos atormentamos a nosotros mismos, no culpemos a nadie, pues somos

culpables de crearnos muchas aflicciones.

Dios envía tribulaciones a los pecadores y a los justos.

-*Dios envía tribulaciones a los pecadores,* pero es para corregirlos y librarlos de la muerte eterna. Así se convirtió el hijo pródigo, y Manasés en la cautividad de Babilonia (2 Cr.35). San Francisco de Borja se entregó a Dios a vista del cadáver de su señora emperatriz Isabel. Hace Dios, dice San Basilio, como el padre que con la vara, reduce a su obediencia al hijo díscolo, o como dice San Agustín, Dios hace como el médico, que quema y corta para sanar y librar de la muerte.

Las tribulaciones hacen, en primer lugar, que los pecadores aborrezcan las cosas terrenas; son como hiel que les amarga los goces mundanos. Los vestidos que están muy empolvados, dice Santo Tomás de Villanueva, se sacuden con una vara; así sacude Dios a los hombres que están muy llenos de pecados, por medio de penas temporales. Además, el pecador conoce en las penas su impotencia y acude a la oración. "Las penas que nos oprimen nos fuerzan a acudir a Dios"(S.Greg.M.).

También Dios envía al pecador *enfermedades* corporales para sanar su alma... Así sucedió a San Ignacio de Loyola, San Francisco de Asís, etc. Dios suele curar las enfermedades del alma con la dolencia del cuerpo. A muchos la enfermedad los ha lleva-

do a Dios.

-*A los justos* también les envía Dios enfermedades *para probar* si aman a Dios más que a la criatura. Job, que había vivido siempre con temor de Dios, perdió toda su hacienda, sus hijos, su salud y hasta se vio escarnecido por su mujer y por sus amigos, y supo volverse más a Dios resignadamente diciendo: *"Dios me lo dio, Dios me lo quitó, sea el nombre de Dios bendito"*.Tobías había dado sepultura a los muertos, con peligro de su vida, y empobreció por su generosidad, y sobre esto perdió la vista y quedó sin poder ganar su sustento. ¡Así prueba Dios a los suyos!...

Al mismo tiempo, traen las tribulaciones a los justos grande utilidad; sírvenles para pagar ya aquí en tierra sus pecados; los limpian de muchas imperfecciones, aumentan sus fuerzas para ejercitar la virtud, su amor de Dios, su celo por la oración; a menudo aumentan su felicidad temporal y sus merecimientos para el cielo.

Armate de valor para sufrir las aflicciones

Hay que fortificar la voluntad, no acobardarse. El alma fuerte no sucumbe en las adversidades, se mantiene firme, resiste y triunfa. Así como la cal entra en la efervescencia en el agua, y el fuego se enciende más y más con el aire así también la fuerza y la energía de un alma aumenta en medio de las aflicciones y persecuciones.

Escuchemos a S.J.Crisóstomo: "Soldado de Jesucristo, sois débil, sin vigor y cobarde, si presumíis poder vencer sin combate y triunfar sin defensa, desplegad vuestras fuerzas, herid con valentía, aceptad con firmeza la encarnizada lucha. Pensad en vuestro juramento, vuestra condición, vuestra bandera: el juramento que hicisteis en el santo bautismo, la condición que aceptasteis la bandera en la que inscribisteis vuestro nombre".

Es preciso no dejarse nunca abatir. Hemos de imitar a San Pablo, que decía: "*Sufrimos toda clase de aflicciones, pero no nos amedrentan; nos hallamos en grandes dificultades, pero no sucumbimos en ellas; somos perseguidos, pero no estamos abandonados; nos vemos derribados, pero no perdidos*" (2 Cor.4,8s).

Hemos de pensar que las aflicciones son ligeras para el cristianismo. Las aflicciones, las persecuciones siguen al hombre piadoso, pero jamás le alcanzan. De ahí viene la palabra persecución, ***persecutio.***

La cruz es tan dulce para el que ama a Dios, que no es ya una cruz, sino un principio de vida y de verdadera alegría. Por esto Santa Catalina de Sena miraba como amargas las dulzuras de la tierra, y dulces las amarguras.

En la cruz está la verdadera dulzura, el verdadero consuelo, la alegría verdadera. Abrazadla, y lo veréis por experiencia. Por otra parte desde la cruz se va al cielo.

San Gregorio Magno nos dice: "Las más abruma-

doras aflicciones pueden fácilmente sobrellevarse pensando en la Pasión de Jesucristo; pues por grande que sea la tribulación en que nos hallemos, es poca cosa recordando qué duras fueron las palabras y qué penosísimos fueron también los golpes y los atroces suplicios que aceptó por nosotros; su cabeza fue desgarrada por la corona de espinas; sus ojos fueron cubiertos con un velo, o hirieron sus oídos con horribles blasfemias; apagaron su sed con hiel y vinagre; escupieron sobre su rostro augusto y le abofetearon. Sus espaldas crugieron bajo el peso de la cruz, tuvo el corazón inundado de tristeza y de amargura, el cuerpo lleno de llagas por los azotes, y los brazos y los pies extendidos y atravesados con enormes clavos. En fin, desde la planta del pie hasta la parte más alta de su divina cabeza, quedó todo su cuerpo lleno de heridas y dolores" (Homil. in Pasión).

Jesucristo ayuda a sufrir las aflicciones

Nuestro Pontífice, dice el apóstol, no puede menos compadecerse de nuestras debilidades, puesto que estuvo sujeto a toda clase de males, sin *hallarse manchado por el pecado* (Heb.4,15). Jesucristo sufre con los hombres, que son sus miembros: con San Lorenzo padeció el tormento del fuego; con San Esteban fue apedreado; con San Ignacio mártir sufrió la saña de animales feroces, etc. Toma también parte en los combates de sus fieles servidores. Escribiendo San Pablo a Timoteo, le dice: *"Ya sabéis las perse-*

cuciones y aflicciones que he sufrido, lo que me ha sucedido en Antioquía, en Iconio y en Listra, y cuán grandes han sido las tribulaciones que sobre mi han pasado: "pero el Señor me ha librado de todos estos males" (2 Tim.3,11).

La vez primera que defendí mi causa, añade, nadie vino en mi ayuda, todos me abandonaron. Deseo que esto no pueda perjudicarles. Más el Señor siempre me ha asistido; me ha fortificado y me vi libre de las fauces del león. (2 Tim.4,16-17).

Dios nos oye algunas veces librándonos de las aflicciones; otras veces dándonos la virtud de la paciencia, lo que todavía es un beneficio mayor, y en alguna ocasión nos concede también, no sólo la paciencia, sino la alegría, como dice el cardenal Belarmino. "*Dios*, dice el salmista, *está al lado de los que tienen el corazón afligido*"(34,19). "*El Señor nos ha castigado a causa de nuestras iniquidades, y nos salvará atendida su misericordia*" (Tob.13,5).

Las aflicciones van acompañadas de consuelo

A medida que los padecimientos de Jesucristo aumentan en nosotros, dice San Pablo, *nuestros consuelos aumentan también por Jesucristo* (2 Cor.1,5). Cuanto más aumentan las aflicciones sufridas por Dios, más grandes y abundantes son los consuelos.

Las aflicciones de los mundanos son, al contrario, hiel sin miel; y cuanto más se multiplican, más también aumentan su desolación, sus enojos y sus pesa-

res. De ahí se deduce que lejos de huir de las cruces es preciso desearlas, puesto que tan fecundas son en delícias.

Admirable testigo de esto es San Pablo cuando exclama: *Mi alegría sobreabunda en medio de nuestras tribulaciones* (2 Cor.7,4). Lejos, pues, de entristecernos en los trabajos y en las pruebas, debemos sentir alegría. *"Nos gloriamos*, dice el mismo apóstol, *no sólo en la esperanza, sino también en las aflicciones"*(Rom.5,2.5).

San Bernardo, dice del apóstol San Andrés: "Iba al suplicio de la cruz con paciencia, más aún, voluntariamente y hasta con ardor, como en la fiesta más solemne, como en el más exquisito festín".

Habiendo sido azotados cruelmente los apóstoles por orden del consejo volvían llenos de alegría, porque habían sido juzgados dignos de sufrir esta afrenta por el nombre de Jesucristo (Hech.5,41).

¿Cómo hemos de sufrir las aflicciones?

Hemos de sufrir las aflicciones con paciencia, confianza y resignación. "Que no se queje el hombre, dice San Agustín cuando sufre alguna desgracia: con la amargura de las cosas de la tierra, aprende a amar las cosas del cielo; viajero, aprende el camino de su patria".

"Nos gloriamos, dice San Pablo, con la esperanza de los hijos de Dios"... Cuando os halléis afligidos, dice San Pedro Damian, cuando sufráis, estad llenos

de confianza; no murmuréis, no entristezcáis, no os impacientéis; tened antes bien la serenidad siempre en el rostro, la alegría en el corazón, la acción de gracias en los labios.

Las aflicciones son una prueba de predestinación y de amor de parte de Dios; cuando castiga, quiere salvar al pecador; y al contrario, la impunidad es señal de cólera y de reprobación divina.

También hemos de sufrir las aflicciones con perseverancia. *"Llevemos siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, a fin de que la vida de Jesús se manifeste también en nuestros cuerpos"* (2 Cor.4,10). San León dice: Podemos esperar con seguridad la bienaventuranza prometida, si tomamos parte en la Pasión del Señor...

Los santos han sido amantes de la mortificación, y es el camino que han seguido para ser santos. San Agustín decía: "Señor, aquí en la tierra, cortad, quemad; pero compadeceos de mi en la eternidad". "Sufrir o morir, decía Santa Teresa de Jesús. Caminando al suplicio Santa Cecilia decía: Morir mártir, no es perder la juventud, sino cambiarla por una juventud eterna...".

Las aflicciones no son nada comparadas con la gloria eterna

Los padecimientos de esta vida, dice San Pablo a los Romanos, *ninguna proporción tienen con la gloria que debe un día brillar en nosotros* (8,18). *No*

consideramos las cosas visibles, dice a los corintios, *sino las invisibles; porque las cosas visibles son temporales, pero las invisibles son eternas*(2 Cor.4,16).

Seguid, pues, murmurando, dice San Bernardo, seguid diciendo: Es demasiado pesado, no puedo sufrir aflicciones tan penosas y de tanta duración: San Pablo llama a las aflicciones pruebas de un momento; y ciertamente que no habéis recibido los golpes que los judíos descargaron sobre este gran apóstol; no habéis trabajado más que los demás hombres, ni habéis resistido hasta derramar vuestra sangre. Considerad que las aflicciones son infinitamente inferiores a la gloria que Dios les reserva. Y a la verdad, ¿por qué hacéis caso de horas y días inciertos?

La hora pasa y las penas también. No se encadenan, pero desaparecen sucediéndose. No acontece lo mismo con la gloria, no acontece lo mismo con la recompensa concedida a los trabajos y a los sufrimientos... Esta recompensa no reconoce cambio ni término; existe entera a cada instante, y dura toda la eternidad. Además bebiendo una gota tras otra, es como apuramos la copa de las penas, ni la tenemos siempre en nuestros labios, sino que por el contrario pasa. Y la recompensa es un torrente de placer; es tan impetuoso como un gran río, es un torrente de alegría que inunda; es un río de gloria, un río de paz.

Los sufrimientos pronto desaparecen: la recompensa jamás se acaba... La gloria que espero, dice San Francisco de Asís, es tan grande, que todas las enfermedades, todas las mortificaciones, todas las

humillaciones, todas las penas me llenan de alegría.

Las aflicciones son una gota de hiel; la recompensa reservada a los que sufren cristianamente, es un océano de miel; son delícias, una gloria, felicidad eterna!...

Ánimo, pues, servidor bueno y fiel; se constante en sufrir estos pequeños sinsabores, y la recompensa será, dice Jesucristo; *partícipa de la alegría de tu Señor* (Mt.25,21).

Segunda parte

LA CONFIANZA EN DIOS
La confianza es la fuerza del débil

La confianza es de suyo un sentimiento *filial.* El hijo que obedeció al padre, que nunca le causó el más leve disgusto, se acerca confiado a él; y no por contar con sus propios merecimientos, sino "porque su padre es bueno", y aun el hijo que es díscolo, el que olvidó sus deberes de gratitud, de amor, de obediencia, de respeto y de servicio para con sus padres, no deja de sentir un día la necesidad de la ayuda paterna, y a pesar del alejamiento *confía*: confía que será perdonado y atendido, es el caso del hijo pródigo.

Tal vez algunos de nosotros hayamos imitado la conducta del hijo pródigo del Evangelio, alegándonos de nuestro Padre Dios por el pecado; pero aún

nos espera y *"hace como que no ve nuestros pecados para esperarnos a penitencia"*(Sab.11,24). Por eso jamás hemos de temer, y porque nos espera hemos de volvernos a Él por el arrepentimiento y la confianza.

Y ¿por qué hemos de volvernos a Él? "Porque es bueno, ***porque no quiere la muerte del pecado"...*** Ante el hijo son débiles los padres. La confianza es la fuerza del hijo, es la fuerza del débil.

Por la gracia somos hijos adoptivos de Dios, y lo somos porque Él es todo bondadoso. La primera palabra de la oración dominical enseñada por Jesucristo y que dirigimos a Dios es la de "padre". Aunque débiles, aunque pecadores debemos acercarnos a Él con filial confianza.

Fundamentos de la confianza en Dios

Los fundamentos de la confianza en Dios, son su ciencia infinita, su bondad compasiva o misericordia también infinita y su omnipotencia.

Dios *conoce* todas nuestras necesidades, nuestra pobreza, nuestras desgracias, nuestras aflicciones, nuestras enfermedades, nuestras tentaciones, es decir, todas nuestras necesidades temporales y espirituales. La bondad o misericordia de Dios es *compasiva.* los hombres ven muchas veces nuestra necesidad, pero permanecen insensibles a ella.. No sucede lo mismo con Dios. Su corazón no puede ser más piadoso. Jesucristo, que es la misericordia personificada cuando recorría los pueblos de Palestina, el

Israel de hoy, e iba misionando, las gentes movidas por sus atractivos y su misericordia le seguían hasta olvidarse de comer, y Él al ver a tantos en el desierto donde no tenían que comer, dijo *"Me causan compasión estas gentes"* y con su divina *omnipotencia* multiplicó cinco panes y dos peces para dar de comer a más de cinco mil personas.

Muchos de los que dudan ser perdonados por sus muchos pecados piensan en dichas bases o fundamentos de la confianza en Dios.

¿Preguntáis, dice San Bernardo, de qué modo podéis conocer si Dios os ha perdonado? Lo sabréis recordando la curación del paralítico. El Señor le dijo: *"Levántate, toma tu camilla y anda"* (Jn.5,8)

Dios os ha perdonado: si os levantáis llenos del deseo de las cosas celestiales; si lleváis vuestro lecho, esto es, vuestro cuerpo, si le sustraís al imperio de los sentidos y de las locuras de la tierra, de modo que vuestra alma no esté sujeta a sus concupiscencia, sino que ella, como es justo y necesario, le gobierne y le conduzca hasta donde quisiera ir. En fin, si camináis olvidando lo que dejáis atrás, y avanzando hacia el cielo, que está delante de vosotros.

Desde el momento en que tengáis el deseo y buen propósito de adelantar, no dudéis de vuestra curación. Mediante este deseo, ya os habréis levantado. Ya vuestra carga será ligera, ya llevaréis vuestro lecho y andaréis desembarazados del peso del pecado. Sin embargo, no separéis el temor de la confianza, ni la confianza del temor. (De quatuor orandi modis).

No es culpable, dice San Agustín el que experimenta la tentación o los ataques de la concupiscencia, sino aquel que a ellos consiente...

Ni la tentación ni los pensamientos malos son pecado, sino el consentirlos.

San Basilio pregunta como San Bernardo: ¿Cuándo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado? Y responde: Cuando tengamos los sentimientos del que dijo: *"Aborrecí la iniquidad y la detesté"* (Sal. 119,163).(In disput. Reg. 296)

Ejemplos que revelan el valor de la confianza en Dios

1) Queriendo Santa Teresa de Jesús construír un Convento, sólo tenía tres reales. A pesar de todo, puso su confianza en Dios, animándose con este pensamiento: "Tres reales y Teresa son poca cosa; pero tres reales, Teresa y Dios es muchísimo". El convento se construyó.

2) Al ser interrogado el aviador Von Hunefeld, después de su vuelo al Asia oriental, sobre qué aparatos eran los mejores para tales vuelos a grandes distancias, primero contestó sencilla y objetivamente a lo que le preguntaban, y luego, como la cosa más natural del mundo añadió: "Finalmente en todas esas cosas la confianza en Dios no ha de estar solamente en los labios, sino en lo más profundo del corazón".

3) El emperador Carlos V de Alemania y I de España llegaba con su escuadra ante el puerto de

Orán. Era de noche, y el mar estaba tan alborotado, que amenazaba un terrible naufragio. El emperador, aunque aparentaba una gran seguridad, estaba vivamente preocupado por la suerte de sus soldados. Los bajeles no podrían resistir por mucho tiempo el embate arrollador de las olas.

Después de larga reflexión, se dirigió al jefe de la armada: ¿Cuánto tiempo pueden resistir estos barcos? Un par de horas.

- ¿Qué hora tenemos? - Son las diez de la noche. Una sonrisa iluminó el semblante del emperador. - Entonces... estamos salvados.

El jefe de la armada le miró extrañado de tal afirmación. Carlos V le miró a su vez con ojos optimistas y le explicó:

- A las doce de la noche se levantarán a rezar por nosotros todos los religiosos de coro de España. Confiemos en Dios. Él escuchará sus plegarias. No temáis, amigo,. estamos salvados.

No sé si el almirante tomó de momento en serio las palabras del emperador pero su asombro sería mayúsculo cuando, pocos momentos después de las doce de la noche, el mar se calmaba y, por entre las rasgadas nubes, aparecía una luna prometedora de bonanza..

Al día siguiente Orán caía en poder del emperador. ¡Bello ejemplo de confianza en la eficacia de la oración!

¿En qué motivos se funda nuestra confianza?

Primeramente se funda nuestra confianza en el auxilio de Dios. "Dios, dice San Agustín, no manda lo imposible, sino que, al dar preceptos, advierte que se haga lo que se pueda y que se pida auxilio en lo que no pueda hacerse; entonces da la fuerza de obrar". (Lib. de natura et gratia C.43)

El que manda un combate, ayuda también a combatir. Dios no contempla la lucha que emprendéis como el pueblo contempla el combate del atleta; el atleta no recibe del pueblo más que gritos o aplausos, pero no socorros; el pueblo le prepara una corona, pero no le da la fuerza de conquistarla.

Dios, al contrario, baja sus miradas sobre los combatientes que le invocan y les ayuda a ganar la victoria. El salmista dice: *"Cuando yo decía: Mi pie va a resbalar; tu misericordia, Señor, acudía a sostenerme"* (94,18).

San Pablo nos dice: *"Dios es fiel; Él no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que con la tentación procurará también el éxito para poderla superar"* (1 Cor. 10,13). *"Todo lo puedo en aquel que me conforta"* (Fil.4,13).

Y el apóstol San Pedro también nos dice: *"Descargad todas vuestras inquietudes en el seno de Dios, porque Él mismo cuidará de vosotros"* (1 Ped.5,7)

Poned constantemente vuestra confianza en Dios, dice San Agustín, y confiadle todo lo que tenéis, por-

que Él no dejará de levantaros hacia sí, y no permitirá que os suceda más que lo que os pueda ser útil, hasta sin que lo sepáis vosotros mismos (Lib. I. Soliloq.).

Yo, dice el profeta Miqueas, *fijaré mis ojos en el Señor, pondré mi esperanza en Dios, Salvador mío, y mi Dios me atenderá* (7,7). *"El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¡quién me hará temblar?* (Sal.27, 1-2). *"Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?"* (Rom. 8,31).

"Ten confianza, hijo mío"

Jesucristo, nuestro Salvador, pide nuestra confianza. Era lo primero que exigía al recurrir un hombre a Él en demanda de auxilio. La primera palabra que le dirige al paralítico que le presentan tendido en una camilla, fue ésta: *"Hijo mío, ten confianza, tus pecados han sido perdonados"* (Mt. 9,2).

Nuestros motivos de confianza han de estar fundados en los socorros y méritos de Jesucristo, pues Él, como vemos en el Evangelio, era lo que exigía a cuantos acudían a pedirle que los curase de sus enfermedades.

Recordemos el caso de la mujer enferma de un flujo de sangre durante doce años. Se acercó a Jesucristo y tocó el extremo de su vestido, porque decía para sí: *"Con sólo tocar su vestido quedaré sana". Volviéndose Jesús, la vió y le dijo: "Hija mía, ten confianza, tu fe te ha curado", y quedó sana en*

aquel momento (Mt. 9,20-22). A este caso añadamos el de la mujer cananea a que con gran confianza se postra delante de Jesús pidiéndole la curación para su hija, y Jesús le dice: *"Oh mujer, grande es tu fe. Suceda lo que tu quieres, y su hija quedó instantaneamente curada* (Mt. 15, 22-23)

"Hijos míos, dice San Juan, *estas cosas os escribo, a fin de que no pequéis... Pero aun cuando alguno pecare, tenemos por abogado para con el Padre a Jesucristo, Justo y Santo, y el mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por lo de todo el mundo.* (1 Jn.2, 1-2).

Jesucristo es nuestro abogado, nuestro mediador, nuestro intercesor ante el Padre y Él ha de alcanzarnos el perdón, la gracia y la gloria...

Oigamos a S.J. Crisóstomo: Si sois impio, dice, pensad en el publicano; si sois impuro, pensad en la mujer adúltera; si sois homicida, pensad en el buen ladrón; si sois criminal, pensad en el blasfemo, considerad a Pablo, que de gran perseguidor se convierte en el más grande predicador del Evangelio.

Pero, me diréis: ¿Puedo yo obtener perdón? soy blasfemo, impío, libertino. Se ven todos estos crímenes en grandes pecadores que os han precedido. Elegid el puesto que os plazca, y refugiaos en él. ¿Queréis ejemplos del Nuevo Testamento? ¿Los queréis del Antiguo? En el Antiguo mirad a David etc. En el Nuevo, mirad a Pablo, etc. Y después de todo, ¿qué es el pecado y todos los pecados del

mundo al lado de la misericordia de Dios? Una telaraña que no puede resistir el soplo del viento. (Homil. 2 in Ps.51)

Si Saulo es un santo tan grande, ¿por qué yo he de desesperar? dice San Anselmo. (Lib. de Similit).

El Pontífice que tenemos, leemos en la carta a los Hebreos, *no es tal que sea incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, habiendo sido tentado en todo a semejanza nuestra a excepción del pecado... Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y ser socorridos a tiempo oportuno* (4, 15-16). Jesucristo puede salvar perpetuamente a los que se acercan a Dios por mediación suya; *como que está siempre vivo para entercender por nosotros* (7,25). *No entró Jesús en el santuario hecho de mano de hombres* (cual era el de la ley antigua), ***que era figura del verdadero, sino que entró en*** *el cielo mismo para presentarse ahora en favor nuestro en la presencia de Dios* (9,24), *teniendo la plena confianza de entrar en el santuario (del cielo) en virtud de la sangre de Jesús* (10,19).

La confianza en Jesús de algunos santos

Uno que lea la vida de Jesucristo y le conozca bien en el estudio del santo Evangelio, no podrá menos de confiar grandemente en Él, porque se nos manifiesta sumamente misericordioso, pues dijo: "Yo no he venido a juzgar al mundo, sino a salvarle. Jesús no rechaza a nadie por gran pecador que sea.

- 1) *Teresa del Niño Jesús*: No es el haber sido preservada de pecado mortal el motivo porque me lanzo con las alas de la confianza y del amor hacia Dios ¡Ah! siento que aun teniendo sobre mi conciencia todos los crímenes del mundo, nada perdería yo de esta confianza. Con corazón contrito me echaría en brazos de mi Salvador. Yo sé que él ama con ternura al hijo pródigo, conozco las palabras que dirigió a la pecadora, a la adúltera y a la samaritana. Nada hay que pueda atemorizarme. Sé lo que significa su amor y misericordia. Sé que el mayor número de mis pecados puede consumirse en un momento como una gota de agua que cae en el horno.

- 2) *La Madre Sacramento* tenía tal confianza en el Sagrario, donde está realmente Jesús sacramentado, que si alguna vez se hallaba en apuros, no temía acercarse a la portezuela y dando con las manos algunos golpecitos, decía con amorosa queja:"¡Eh!, Señor, ¿No me oyes?

Si creyésemos firmemente que Jesús se ha quedado en el Sagrario por nuestro amor, ¿no imitaríamos la confianza que la Madre Sacramento tenía en Él?

- 3) *Luis Veuillot* fue uno de los más grandes periodistas de Francia en el pasado siglo. Pío IX le llamaba "el emperador de la pluma". Un día fue a visitarle un amigo, llamó; mas no contestaba nadie. Con la confianza que da la amistad, entró y se asomó al despacho. Allí estaba el periodista con los codos sobre la mesa abismado en la lectura de un libro; lloraba.

- Amigo, le dijo el visitante-, ¿qué te pasa? ¿por qué lloras? Luis Veuillot pareció volver en sí de un éxtasis, y por toda respuesta alargó el libro a su amigo y dijo:

- Lee... El hombre que lee esta página y no llora, no tiene corazón. Era la parábola del hijo pródigo; aquella parábola que contiene el más tierno y delicado retrato que de su misericordia nos dejó Jesús.

También yo os invito a leer no ya esta página del Evangelio, sino en el mismo corazón de Cristo, que al cabo de veinte siglos sigue llamando a todos los hijos pródigos del mundo con esta promesa: "Los pecadores hallarán en mi corazón el manantial y el océano infinito de misericiordia".

El pecador que lee estas palabras dulcísimas y no llora y se convierte no tiene corazón. No es posible perder la confianza en Jesucristo que nos ofrece el perdón.

¿Qué motivo más tenemos para confiar en el Señor?

Además de la bondad y de los socorros de Dios, y de la protección y de los méritos de Jesucristo, que nos dan la esperanza de obtener el perdón de nuestros pecados y nuestra salvación, tenemos todavía para más seguridad la palabra de Dios, la gracia, los sacramentos, la Santísima Virgen, los Santos, la oración, etc.

"Pensad bien del Señor y buscadle con sencillez

de corazón, porque se deja hallar de los que no le tientan y se manifiesta a aquellos que tienen confianza en Él" (Sab.1,1-2).

Bienaventurado el hombre que confía en el Señor y cuya esperanza es el Señor", dice el profeta Jeremías (17,7). Será como el árbol trasplantado junto a las corrientes de las aguas que extiende hacia la humedad sus raíces; no temerá los ardores del estío; sus ramas estarán siempre verdes, ni le hará mella la sequía, y no dejará nunca de dar frutos" (17,8).

El que no tiene confianza en Dios, es, por el contrario, reo de una grave injusticia, porque niega su providencia, esto es, pretende que Dios no quiere, no puede o no sabe socorrer.

El hombre que pone toda su confianza en Dios, saca de esta misma confianza el auxilio y la gracia para sobreponerse a todas las dificultades y tentaciones.

Daniel fue arrojado en la fosa de los leones: los leones le respetaron, y salió de allí sin haber recibido herida alguna. ¡De dónde provino este milagro? Provino de que "Daniel tenía puesta su confianza en Dios" (Dn.6,23).

La casta Susana fue injustamente acusada de un crimen infame: la condenaron a muerte, y pronto fue conducida al lugar del suplicio. Pero, con los ojos llenos de lágrimas, ella miraba el cielo *"porque su corazón estaba lleno de confianza en Dios"* (Dn.14,35) ¿La abandonará Dios? No: Dios hizo un

milagro a su favor; infundió su espíritu en el joven Daniel; los falsos testigos quedaron convencidos de impostura; la inocencia de Susana fue reconocida; su honor fue salvado, así como también su vida; y sus calumniadores quedaron deshonrados y fueron sentenciados a muerte. La confianza de Susana fue la que obró todas estas maravillas. *"Bienaventurados todos los que confían en Dios"* (Sal.2,13).

La confianza en Dios nos hace invencibles

Si ponemos constantemente nuestros intereses en manos de Dios, no habrá demonio ni enemigos que puedan derribarnos, dice San Antonio Abad. Muy bien conocía este gran santo la fuerza de la confianza en Dios, él que tenía que sostener tan frecuentes y tan crueles combates del demonio. *"Con tu ayuda, Señor, seré liberado de la tentación y al lado de mi Dios traspasaré toda muralla"* (Sal.18,30).

"Mira que yo soy el que te lo mando, dijo el Señor a Josué; buen ánimo, sé constante: no temas ni desmayes; porque contigo está el Señor Dios tuyo a cualquier parte que vayas" (Jos.1,9).

"El Señor es el que da la muerte y da la vida, hace bajar al sepulcro y salir de él. A uno empobrece o enriquece, humilla o ensalza.. (1Sm.2,6-7).

Cuando falte todo socorro humano, guardémonos de perder la esperanza, porque entonces llega el socorro divino.

Leemos en el libro de Judit que en todas partes en

donde el pueblo de Dios entraba, aunque no tuviese ni arco, ni flecha, ni escudo, ni espada, quedaba victorioso, porque el cielo combatía por él, a causa de la confianza que tenía en Dios (5,16). La confianza recta e inocente es valerosa y da energía y fortaleza a los justos.

"El que ora, ore con fe, sin sombra de duda (o desconfianza) (Sant. 1,6). Lo que aguardáis con confianza de Dios, dice San Agustín, lo obtendréis infaliblemente.

No pongamos nuestra confianza más que en Dios

El profeta Jeremías dice: *"Maldito el hombre que en el hombre pone su confianza, y se apoya en un brazo de carne. Será como el matorral del desierto que ignora los días de abundancia.... y bienaventurado el varón que confía en el Señor y en Él pone su confianza. Será como árbol plantado a la vera de las aguas, que no dejará de dar fruto* (17,5-8).

El pecador que no tiene confianza en Dios, no acierta el negocio de su salvación, no produce ningún buen fruto y está privado de la dulce lluvia de la gracia y de la sabiduría viéndose abandonado de Dios...

Es preciso evitar con el mayor cuidado la desconfianza en Dios en las grandes pruebas, y no desesperar; es preciso armarnos de confianza: con ella estamos seguros del divino auxilio, que se manifiesta hasta con milagros. Esto es lo que sucedió a Lot rodeado de los infames sodomitas (Gén.19). Así suce-

dió a Moisés y a los hebreos, perseguidos por los furiosos egipcios (Ex.14); a David, perseguido por Saúl (1 Sam. 23,27); a Judit y a la ciudad de Betulia sitiada por Holofernes; al rey Ezequías amenazado pro Senaquerid (Is.38,14); a los Macabeos atacados por Antioco.

Apoyarse en hombres débiles y mortales es apoyarse en las propias fuerzas. Cuando los apóstoles fueron a pescar y pasaron la noche bregando por no contar con Dios trabajaron inutilmente y no capturaron ningún pez... y sólo cuando dijeron apoyados en las palabras de Jesucristo: *"En tu nombre echaré la red"*, ésta se llenó de peces... (Lc.5).

Viendo Santa Clara de Asís que la ciudad y el convento que habitaban iban a caer en poder de los enemigos, se presentó sóla y llena de confianza sobre la muralla. Allí ante los sitiadores, dirigió a Dios la oración del salmista: *"Señor, no entregues en poder de las fieras las almas que te confiesan y adoran"* (73,19). Y de repente, heridos de un terror pánico, los enemigos se escaparon y desaparecieron.

La desconfianza viene de la falta de fe; el que desconfía y no cree vivamente que Dios es omnipotente, lleno de previsión y de bondad.

La desconfianza viene también de la esperanza que ciframos en los hombres y en las criaturas, como si tuviesen más poder y voluntad que Dios para ayudarnos. Esta conducta es digna de los paganos y muy injuriosa a Dios: por esto la castiga permitiendo que las criaturas en quienes hemos confiado, nos abando-

nen, nos engañen, perjudiquen e impidan el buen éxito de lo que deseamos. Por lo contrario, hace prosperar, sobre todo espiritualmente a los que confian en Él.

Jesucristo quiere que confiemos en Él. *"Tened confianza; Yo he vencido al mundo*" (Jn.16,33).

INDICE

Presentación 3
Primera parte:
ALEGRATE DE LAS TRIBULACIONES
Las tribulaciones y su valor 5
Excelencias y ventajas de las aflicciones 6
Las aflicciones son necesarias 8
Dios no deja a ningún justo sin tribulación 9
Las tribulaciones nos vienen de Dios 11
¿Cuál es la causa de nuestras aflicciones 13
Dios envia tribulaciones a los pecadores y a los justos 15
Armate de valor para sufrir las aflicciones 16
Jesucristo ayuda a sufrir las aflicciones 18
Las aflicciones van acompañadas de consuelo . .19
¿Cómo hemos de sufrir las aflicciones? 20
Las aflicciones no son nada comparadas con la gloria eterna. 21

Segunda parte:
LA CONFIANZA EN DIOS
La confianza es la fuerza del débil 23
Fundamentos de la confianza en Dios 24
Ejemplos que revelan el valor de la confianza en Dios 26
¿En qué motivos se funda nuestra confianza? . .28
Ten confianza, hijo mio 29

La confianza en Jesús de algunos santos 31
¿Qué motivos más tenemos para confiar
en el Señor? 33
La confianza en Dios nos hace invencibles 35
No pongamos nuestra confianza más que
en Dios 36